

## Interpretando<sup>1</sup> el adjetivo ‘áfono’ en relación a la voz como objeto *a* en Lacan

**Gustavo Geirola**  
**Whittier College**  
**USA**

*A Marta Gerez Ambertín*

...la conjetura no excluye el rigor.  
Lacan, *Escritos I*, 276

### *Introducción: dos paradojas*

En este ensayo, escrito a partir de una breve intervención en un seminario sobre la voz como objeto *a*,<sup>2</sup> enfrente dos situaciones un tanto paradójales: en primer lugar, como lo indica el título, la pertinencia del adjetivo “áfono” con que se ha calificado a la voz, lo cual pareciera ser un contrasentido al sostener una voz que ‘no suena’; en segundo lugar, considerar cómo, para los analistas, ese adjetivo supuestamente procede de la enseñanza de Lacan.

---

<sup>1</sup> Interpretación aquí quiere decir que no pretendo afirmar que es “lo que dijo Lacan”, en primer lugar, porque no creo que eso sea posible, ni siquiera por medio de una exégesis exhaustiva cuya pretensión es dar el ‘significado’ de un texto (sagrado) que, para colmo, se supone como ‘original’ y que, en el caso de Lacan, sobre todo para los seminarios, es bastante imposible de imaginar, habida cuenta de las múltiples transcripciones que circularon y circulan; en segundo lugar, porque hago mi lectura desde la aproximación de Charles Sanders Peirce, para quien el objeto (en este caso el ‘texto’ de Lacan) solo es un signo —nunca arbitrario, como en Saussure— que interpreta otros signos (las múltiples lecturas referidas o no por Lacan, que resultan siempre ‘interpretantes’ para Lacan mismo), es decir que, en mi caso, el texto de Lacan no puede ir más allá de ser el fundamento-representamen-interpretante de otros textos y que ahora yo a mi vez interpreto.

<sup>2</sup> Se trata del seminario correspondiente al año 2022 “Voces —objeto *a*— Voces en neurosis, perversión y psicosis”, a cargo de Marta Gerez Ambertín, directora de la Fundación Sigmund Freud y del Instituto Clínico Jacques Lacan (Tucumán, Argentina). Agradezco a la Dra. GerezAmbertín la invitación a participar en su seminario y también a los seminaristas cuyos comentarios me permitieron mejorar este ensayo; particularmente, he intentado responder a las intervenciones de María Elena Elmiger, Marta Arabia, Juan Pablo I. Padilla y Marcelo Etchepare.

Enfoquémonos antes que nada en esta segunda cuestión: he realizado una investigación bastante exhaustiva por los textos lacanianos y sorprendentemente no he hallado ese adjetivo ni en relación a la voz como objeto *a* ni en relación a ninguna otra cosa. Cotejé los seminarios en los que Lacan trabaja la cuestión de la voz y de la pulsión invocante (principalmente los seminarios 3, 10 y 11), también los *Escritos*, sobre todo el ensayo “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, escrito sobre lo enseñado en el *Seminario 3*; revisé otros seminarios posteriores y no di con ese adjetivo. No me limité a los seminarios editados por Paidós, sino que también me detuve en las versiones de Ricardo Rodríguez Ponte y las publicadas por bibliopsi. Como en todas las bibliografías de trabajos publicados por analistas de diversos países se afirma con contundencia ese adjetivo ‘áfona’ con el que Lacan habría caracterizado la voz, me empeciné en buscar en la red todo el material que aparecía sobre la voz y el goce (revisé más de cuarenta ensayos y blogs, e incluso varias intervenciones audiovisuales publicadas en YouTube) y, como en todos los casos anteriores, ninguno de los autores da cuenta de la fuente en la que Lacan habría calificado a la voz como áfona.

¿De dónde procede entonces el adjetivo ‘áfona’ para referirse a la voz como objeto *a*? La única explicación que procuré darme fue que dicho adjetivo provenía de un ensayo de Jacques-Alain Miller bajo el título “Jacques Lacan y la voz”, de 1997, quien en los primeros párrafos caracteriza la voz como [sic] ‘a-fona’.

Si la voz como objeto *a* no pertenece de ningún modo al registro sonoro, esto no impide que las consideraciones que pueden hacerse sobre la voz a partir del sonido en tanto distinto del sentido, por ejemplo, o sobre todas las modalidades de la entonación, sólo puedan inscribirse en la perspectiva de Lacan ordenándose con la función de la voz, si puedo decirlo, como [sic] *a-fona*. (12, énfasis del autor)

Como veremos, la voz como objeto *a* no está en Lacan fuera del registro sonoro; al hablar del sonido distinto del sentido, Miller parece estar oponiendo en parte la materialidad del significante a la idea del significado como concepto, tal como aparece en Saussure. Luego engloba cuestiones ligadas a la entonación dentro de la “perspectiva de Lacan”, la cual supuestamente sostendría que la voz es “a-fona”, sin la tilde en ‘a’. Más adelante jugaré mi primera conjetura sobre este ‘a-fona’. De modo que, más allá de los errores conceptuales millerianos deslizados en ese breve ensayo, podríamos decir que ni siquiera dijo ‘á-fona’, vocablo que luego circulará por todos los ámbitos psicoanalíticos.

Ese sería el ensayo que inaugura el uso de ese adjetivo, lo cual, en tal caso y como veremos en mi conjetura, es bastante paradójal, porque Lacan nunca plantea que la voz sea áfona o inaudible. El ensayo de J-A Miller tiene desajustes conceptuales que el autor tratará de corregir en trabajos posteriores. No es mi objetivo discutir dichos desvíos aquí. Lo cierto es que, a pesar de la disidencia de muchos grupos lacanianos con “el yerno de Lacan”, el adjetivo ‘áfona’ resultó sugestivo y se instaló entre los analistas que siguen a Miller, así como también entre los que no lo siguen. Fue, digamos, un adjetivo por un lado desafortunado y, por otro, con cierta fortuna puesto que plantea en sí mismo algo muy difícil de comprender: cómo una voz podría ser áfona, podría no sonar. Para cerrar este comentario sobre la segunda paradoja, digamos que la cuestión de la voz y de las voces pone en juego aspectos ligados a la sonoridad, a la audición y a la acústica que tendremos que revisar más adelante. Hasta que alguien o yo mismo dé con la cita del texto donde Lacan efectivamente usó ese adjetivo; el carácter de ‘a-fona’ (y no de áfona) es una invención milleriana y, como veremos, bastante inapropiada, aunque se haya verosimilizado.

En cuanto a la primera paradoja que sostendría la voz como ‘áfona’ —habida cuenta de cómo se ha instalado en el campo analítico, donde resulta hoy ya casi canónica, haya o no sido dicho por Lacan—, me permito plantear mi primera conjetura a partir de entender esa ‘afonía’ como sustancia, siguiendo la presentación de François Recanati en el *Seminario 20*; en efecto, ‘afonía’ resulta ser un sustantivo procedente de un adjetivo (áfona), es decir,

de un atributo localizado en el predicado y que califica a un sujeto (cuyo núcleo gramatical sería un sustantivo, una sustancia), por ejemplo, tal como la ‘redondez’ es producto del adjetivo ‘redondo’, según la Lógica de Port Royal. Se habla así de ‘extensión de predicado’, que en vez de atribuir algo a una sustancia que sostendría el predicado mismo, resulta que postula a esa sustancia, postula ese sustantivo, *a posteriori*, esto es, a partir del predicado. Deslizamos este comentario para anticipar cómo Lacan, que comienza ya desde el *Seminario 2* mencionando la cuestión de la voz, llega hasta el *Seminario 20* en el que planteará la sustancia gozante, como una sustancia que está más allá de las dos cartesianas: *res extensa* y *res cogitans*. En ese lapso, Lacan correlaciona la voz con el superyó y con la alucinación en la psicosis, y será más tarde cuando la voz como objeto *a*, pase a formar parte de los objetos pulsionales (seno, heces, mirada, voz). Como veremos más adelante, hay bastantes temas que el supuesto carácter ‘áfono’ de la voz nos sugiere, sea que Lacan haya usado o no usado ese adjetivo.

### *Conjeturando a partir del adjetivo ‘áfono’*

El diccionario de la RAE define ‘áfono’ (del griego ἀφωνος *áphōnos*) como ‘falta de sonido’. Para ‘voz’, el diccionario despliega muchos sentidos, de los cuales rescato:

1. Sonido producido por la vibración de las cuerdas vocales,
2. Calidad, timbre o intensidad de la voz,
3. Palabra o vocablo,
4. Autoridad o Poder,
5. Gram. Manifestación morfológica (voz pasiva, voz activa, voz media),
6. Cada una de las líneas melódicas que forman una composición polifónica.

El diccionario enumera definiciones que, como se ve, comprometen al sonido, al cuerpo, al poder, a la gramática y a la música. En Freud y Lacan, estos múltiples sentidos se van a distribuir en diferentes nociones y conceptos: obviamente, implican a la voz como

objeto *a*, pero también al superyó y el Ideal del yo. Incluso Lacan hace referencia en el *Seminario 14*, más puntualmente en la clase 5 (versión Rodríguez Ponte) a la gramática, y en el *Seminario 20* hasta llega a afirmar que “el orden de la gramática es la que lo comanda [al goce]” (Clase 3, p. 23). De ahí que, por ejemplo, usualmente mencione la importancia de la voz media (tal como existía en el griego y el sánscrito), como opuesta a la voz activa y pasiva<sup>3</sup> en la gramática de las lenguas indoeuropeas actuales (*Seminario 3*, Clase 22, 13/6/56), o que haga referencia a los dos usos del genitivo: el goce *del* Otro, gozar *de* un cuerpo, el deseo *del* Otro. No estaba, pues, muy lejos de las variaciones gramaticales que Freud realiza en “Pegan a un niño”.

#### *Primera conjetura: la voz no es áfona*

Para Lacan la voz como objeto *a no es áfona*, no es inaudible; por el contrario, la voz como objeto *a* y las voces —las del analizante con o sin alucinaciones y las del superyó— son todas audibles, lo cual ya nos pone en la dimensión de la sonoridad y de lo acústico. La “sonoridad” es, según la RAE, la cualidad de la sensación auditiva que permite apreciar la mayor o menor intensidad de sonidos. Se mide en fonios que es “la unidad del nivel subjetivo de sonoridad, equivalente a un decibelio de sonido cuya frecuencia sea de 1000 hercios”. No dejemos pasar en esa definición dos aspectos: ‘unidad a nivel subjetivo de la sonoridad’ y ‘frecuencia’, porque nos permitirán entender en parte la aproximación de Lacan tal como la plantea en su *Seminario 10*. El hecho de que se mida en fonios ya nos da una pauta de que estamos en el campo del Otro, de la sonoridad fenoménica del significante, del sentido y de la regulación de la función fálica; no obstante, como veremos, la voz como objeto *a* va a diferenciarse por estar expelida y separada del Otro del significante

---

<sup>3</sup> Lacan señala en el *Seminario 11* que la cuestión de actividad-pasividad es una diferencia solo gramatical, es decir, lo gramatical como soporte y hasta artificio, porque, según afirma, no se puede pensar en una fase pasiva de lo pulsional, ni siquiera en el masoquismo. Por eso pone a un lado el campo pulsional y a otro lado “el campo narcisista del amor, subrayando que a nivel del amor hay reciprocidad entre *amar* y *ser amado*, mientras que en el otro campo sólo se trata de una pura actividad *durchseineeigene Triebe* para el sujeto” (208).

y, por ende, hay que ubicarla del lado del no-toda de *La Mujer*, si tomamos como referencia las fórmulas lacanianas de la sexuación. Lo auditivo, por lo demás, remite obviamente al órgano y al sentido del oído, único orificio que no podemos cerrar a voluntad. Permanecemos, como se ve, en el campo de la física acústica, cuya investigación se refiere a la producción, control, transmisión, recepción y audición de los sonidos, ultrasonidos e infrasonidos. Cuando en la Clase 21 del *Seminario 10* Lacan se refiere a la sonoridad, lo hace en relación a la voz fenoménica y por ello se refiere a los resonadores y a la función fática jakobsoniana, que es una entre las seis atribuidas por el autor al lenguaje. La función fática es la que opera a nivel del canal o contacto entre emisor y receptor. Su función es mantener la comunicación. De ahí que Lacan se refiera al oído como un canal de “tipo tubo”, o como tubo con teclado, lo cual lo convierte en un tipo de resonador especial, no comparable a ningún instrumento musical. Nos dice: “creo que podemos avanzar en el sentido de que una relación más que de accidente liga el lenguaje a una sonoridad” (Clase 21, 10). Hay, pues, una sonoridad necesaria, inherente al lenguaje, de la que la lingüística se ha ocupado; es una sonoridad capturada por el sistema de la lengua (a nivel del fonema), dejando fuera otras sonoridades posibles (fonos) del aparato fonador que no intervienen en la distinción de significados. Esa sonoridad fenoménica, como vimos, es también de la que se ocupa la física acústica, donde allí no interesa la distinción de significado.

Ahora bien, toda sonoridad requiere de un aparato donde pueda resonar y todo aparato resuena, subraya Lacan, “a su frecuencia propia”. Lacan parece decirnos que no todo de la sonoridad puede ser registrado por el oído. En tanto ‘tubo’, la sonoridad puede resonar precisamente porque hay un vacío y porque ese tubo admite ciertas frecuencias y no otras. En el canal de la función fática, pareciera planearnos Lacan, hay que imaginar un vacío *espacial* que media entre emisor y receptor; hay que imaginar también el vacío del tubo del aparato resonador. El receptor (individuo o aparato auditivo humano) podría tener una resonancia que no necesariamente se corresponde con la frecuencia producida por el emi-

sor. En cierto modo, empezamos a ver aquí una diferencia entre oír y escuchar. Hay algo que se pierde en la vocalización fenoménica, un resto que no deja por ello de ser sonoro, pero que, digamos, tiene otra frecuencia. La voz como objeto *a*, entonces, si bien supone un vacío, no es un vacío *espacial*, esto es, no estamos a nivel de la *res extensa*. La voz como objeto *a* “resuena en un vacío que es el vacío del Otro como tal, el *ex-nihilo*” (Clase 21, 12). Conjeturo que esta dimensión “de la nada” no tiene lugar ni en la sustancia extensa ni en la sustancia pensante, por lo tanto, como lo planteará en el *Seminario 20*, hay que imaginar una tercera sustancia, la gozante, esa ‘nada’ que aloja a los objetos pulsionales. Esa voz pulsional resulta, pues, ser “la alteridad en lo que se dice” (12): suena, pero no es (con) la sonoridad del decir, sino una sonoridad otra, que hay que saber escuchar en su frecuencia propia. Así, para que esa voz—extraña en tanto “desprendida de nosotros”—responda, resuene, hay que impedir ser capturado por el decir, por el sentido, por la comprensión rápida; por lo tanto, hay que predisponerse a zambullirse en el vacío constituido por el Otro, posicionarse de tal modo que se pueda captar la sonoridad extraña de la voz como objeto *a* fuera de las voces, esto es, fuera de las garantías del Otro simbólico. Se puede entender desde esta aproximación en el *Seminario 10* que Lacan más adelante en su enseñanza postule al analista en el lugar del objeto *a* o haciendo semblante del objeto *a*. Se logra así entender entonces la afirmación de que “es en ese vacío que la voz en tanto que distinta de las sonoridades, voz no modulada, pero articulada, resuena” (12). La voz como objeto *a* tiene una sonoridad distinta de las voces fenoménicas del decir, porque resuena de otro modo en tanto no está modulada ‘por el significante’ del registro simbólico. En esta cita, el adjetivo ‘articulada’ es el que tendremos que retomar más adelante.

La voz como objeto *a*, entonces, no carece de sonoridad, ya que puede ser oída: juego entre el *j’ouïssense* y *jouissance* al que Lacan recurre en varios seminarios y que pone a la voz del lado del goce, por ende, fuera del Otro simbólico; a las claras, pues, se ve que la voz es oída, pero no escuchada. Así, mi primera conjetura, entonces, es que la voz no está fuera de la sonoridad, puede ser oída, pero está fuera de la *res extensa*, en la

que tenemos la sonoridad del significante, la cual sí puede ser mensurada y regulada. Esa sonoridad insensata, no articulada por ningún significante, no involucra al soma, a lo biológico; sin embargo, es una sonoridad que funciona como una especie de ‘ocho interior’ para el sujeto: lo cual nos lleva, como veremos, a la cuestión de la extimidad. La sonoridad de esa voz como objeto *a* se diferencia de las voces y de la cadena significante donde, al estar fuera del Otro, aunque causada por el significante, solo puede ser apalabrada por aproximación ya que siempre queda un resto imposible de decir. La sonoridad de esa voz acompaña al decir, pero está velada por el decir mismo; se la oye, pero no se la escucha, quiere decir que hay que tomar precauciones para escucharla o leerla.

En el *Seminario 10* de la versión Rodríguez Ponte, se incluyen las notas de Claude Conté y de Irene Roublef sobre la participación de Lacan en las “Jornadas de otoño sobre el fantasma” del 21 de octubre de 1963. Allí aparecerá, en las notas de ambos, el vocablo ‘audible’, lo cual indica que Lacan se había referido, no a la afonía, sino a lo entrevisto y lo sobreentendido o entr’entendido en relación al fantasma: la mirada y la voz como objetos *a* se pueden entrever y entr’entender en el fantasma: “Modo de aprehensión del fantasma con lo escuchado — es que es lo sobrentendido, lo que da mejor la dimensión del sentido — es una dimensión original” (2). Leo aquí lo siguiente: que escuchar la voz o ubicar la mirada que el fantasma entrevé y/o entr’entiende ajusta el sentido del fantasma, pero eso no significa que mirada y voz estén en el campo del sentido y del significante. Inmediatamente a la cita anterior, Roublef anota: “Entr’entendido — sobrentendido — entre visto — *la cosa más allá de lo audible, de lo visible*, es esencial que la postulemos para el estatuto propio del fantasma” (2, énfasis mío). Conté anota algo similar. ¿Cómo hay que entender aquí lo ‘audible’, término que incorporan Roublef y Conté y que parece haber usado Lacan? Sin duda, no como áfono, sino precisamente como un más allá de la vocalización audible, de lo fenoménico de la cadena significante que permanece en el campo del sentido y de la comprensión inmediata. Mirada y voz tienen el estatuto de la Cosa,



fuera del sentido, vacío de sentido que se entrevé y entr'entiende a partir del fantasma y que puede significantizarse por medio del significante, pero nunca en su totalidad. No es que la voz sea áfona o muda, sino que, en todo caso, es 'sorda' en el sentido de la lingüística, particularmente de la fonología, en que hay fonemas sonoros y fonemas sordos (por ejemplo, el par opositivo de /p/ oclusivo bilabial sordo y /b/ oclusivo bilabial sonoro), pero nunca áfonos. Si los sonidos 'sonoros' son para la fonología aquellos en los que vibran las cuerdas vocales y los sonidos 'sordos' aquellos en que esa vibración no se produce, conjeturo entonces cómo podemos acercarnos al hecho de que es precisamente esa 'sordez' (no la afonía) la que metaforiza la voz como objeto *a*: por eso, allí donde la sonoridad del habla se hace menos ostentosa, allí donde irrumpe la sordez de la voz, no solo se paralizan las cuerdas vocales y se anonada el sujeto, sino que se interrumpe la demanda.

De modo que tanto las voces, soportadas por el significante, como la voz como objeto *a* son audibles, con la salvedad de que la sonoridad de la voz como objeto *a* hay que entr'enderla no por la audición fenoménica, por el mero oír, sino por la escucha, operación propiamente psicoanalítica.

Si, como veremos, la lingüística ayuda a Lacan en el campo del decir, solo la lingüística o lingüistería va a permitir escuchar esa voz audible, pero no articulada ni al Otro ni al modo del significante. Por esta vía, la voz va a llevar a Lacan al campo de la letra, de la gramática y de lo anagramático.

En el *Seminario 10*, Clase 21, pág. 12, Lacan postula que la voz como objeto *a* no *resuena* a la manera como *suenan* el significante, precisamente porque no resuena en un vacío espacial (*res extensa*), sino porque "resuena en un vacío que es el vacío del Otro como tal". Agrega que esa voz, "desprendida de nosotros [...] nos aparece con un sonido extraño", es decir, tiene sonoridad, es audible, pero insensata y hasta siniestra. Es, pues, una voz no garantizada por el Otro y que, a su manera, apunta a la falta en ese Otro y hasta lo postula como inexistente. Y a renglón seguido, afirma "que la voz en tanto que distinta de las sonoridades, voz no modulada, pero articulada, resuena. La voz de

la que se trata, es la voz en tanto que imperativa, en tanto que reclama obediencia o convicción”. Volveremos sobre ese adjetivo ‘articulada’ más adelante. Ahora subrayemos cómo la voz resuena con su propia sonoridad, es audible, ‘sorda’, pero no áfona. Y, de paso, veamos que, a esta altura del *Seminario 10*, Lacan está pensando no tanto la voz como objeto *a* sino como ligada al superyó, de ahí su referencia al Shofar que, vale decirlo, es el instrumento ritual –nivel significante— que le permite a Lacan “sustantificar ante ustedes lo que yo entiendo de la función del *a*” (*Seminario 10*, Clase 19, p. 4): sonido perturbador, conmovedor que también deja entr’entender ese más allá en el que se sitúa la voz –nivel pulsional— que él soporta. Y Lacan sutilmente desliza el hecho de que, si todos pueden oír el sonido del shofar, no todos pueden escucharlo: en efecto, “está severamente prohibido, y no sólo a todo hombre, sino a todo ser vivo, aproximarse al círculo rodeado de rayos y relámpagos donde transcurre ese diálogo [de Moisés con Dios]”. El pueblo podrá oír el sonido del shofar, pero solamente “*algunos* podrán subir” (énfasis de Lacan), aquellos, probablemente, capacitados para ‘escuchar’, entr’entender dicha voz, la voz de Yahvé. Ya mencionamos –y volveremos sobre ello al final de este ensayo— cómo la voz estará del lado del no-toda, de La Mujer y, por ende, en relación al goce de Dios. No sorprende entonces que, en las fórmulas de los discursos, particularmente del discurso del Analista, éste ocupe esa posición de semblante del objeto *a*, en la medida en que la escucha es –si puede decirse así— ese privilegio o esa facultad entrenada que *algunos* ejercitan para escuchar, operación definitiva y definitiva del analista.

### *Segunda conjetura: la voz es sonora pero no articulada*

#### 1. *Voz áfona, fonema y significante*

Mi interpretación sobre “áfono” y sobre el oxímoron ‘voz áfona’ es que este adjetivo pretende aludir a cierta ambigüedad o paradoja (una voz que no suena) y por ello se presenta casi como un enigma. Conocida es la forma en que a Lacan le gusta jugar con el significante: chistes, ironías, paradojas, invención de neologismos, desbaratamiento de las

etimologías, etc., juegos que parecieran haber contagiado a J-A Miller cuando calificó a la voz como ‘a-fona’. Dejando de lado la corrección y asumiendo cómo ese adjetivo se ha popularizado, aunque en la versión acentuada ‘áfona’, dejémosnos llevar y atengámonos a dicho adjetivo paradójal –tal vez *tíquico* en el texto milleriano— y veamos cómo podemos, si no asimilarlo, al menos incorporarlo, tal como Lacan pretende para la voz: “Una voz, entonces, no se asimila, pero se incorpora, esto es lo que puede darle una función para modelar nuestro vacío” (*Seminario 10*, Clase 21, p. 14).<sup>4</sup> Y aquí esa incorporación la dejamos a gusto del lector: puede ser la incorporación a la manera de la *daphnia*, como ese granito de arena que Lacan conecta con el superyó en esa misma Clase 21, o bien pensar en los incorporales estoicos que Lacan retoma en el *Seminario 20* como prolegómeno a la introducción de la sustancia gozante. Me inclino a pensar que a la voz como objeto *a* le corresponde mejor esta segunda lectura.

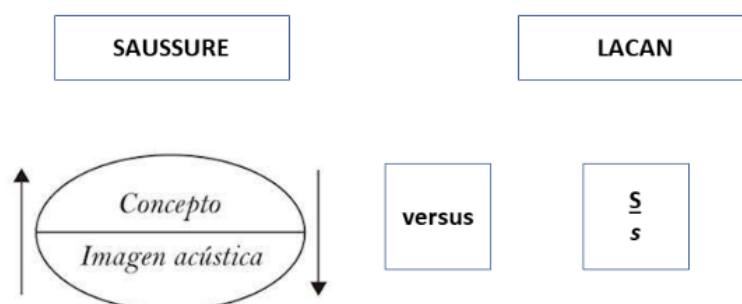
En una primera instancia, se me ocurre interpretar el vocablo ‘áfona’ siguiendo esa actitud lacaniana de jugar con el significante y, a la vez, jugar con la versión de Miller: puedo, pues, escribirlo ‘á-fona’, con la ‘a’ acentuada en bastardilla, o ‘a-fona’, en ambos casos aludiendo al objeto *a* operando allí como la negación de ‘fono’ (el morfema ‘a-’ es de *negación, separable y dependiente* del morfema base, en castellano y en francés: por ejemplo, *anormal, atípico*). Señalemos de paso que los objetos *a* en cuanto goce se definen por su negatividad, separabilidad [*Seminario 10*, Clase 19] y están causados por el significante; de modo que podemos leer ‘á-fona’/’a-fona’, ya no como ‘el objeto *a* que no suena’, sino como aquello desarticulado, separado, como un murmullo insensato, audible, expulsado del registro simbólico, pero no obstante sonoro, con una sonoridad sorda que lo distinguiría de la sonoridad fenoménica del significante –caracterizado éste por ser lingüísticamente articulado. De ahí, entonces, que la sonoridad sorda de la voz se vaya ligando a la letra en la enseñanza lacaniana y, por ello, implique a la gramática.

---

<sup>4</sup>Dejo a criterio del lector conjeturar qué voz irrumpió en Miller al momento de usar ese adjetivo.

Por lo anterior, puedo concluir esta conjetura afirmando que ese vocablo paradójal se instala como una negociación o puente entre el carácter silencioso de la pulsión y el intento inicial de extraerla de la *res extensa*. Voz, por lo tanto, se opondría al significante o a palabra (*parole*=habla/*mot*=vocablo), es decir, a una sustancia y materia articulada y articulable (*moterialismo*): solo el significante, por responder a la *res extensa*, puede ser dividido en unidades fónicas (fonéticas o fonológicas), morfológicas y sintácticas, pero siempre en el marco del sentido y el telón de fondo del Otro como depósito de significantes. Una vez más, en cuanto a la voz como objeto *a* no se trata de falta de sonoridad y audibilidad, sino de ‘sordera’ respecto del sentido, por lo cual podemos en una primera instancia hacerla equiparable al fonema.

Cabe recordar aquí, no obstante, que Saussure, al constituir la lingüística como ciencia, deja de lado la materialidad acústica, empírica y fenoménica del fono (para él el significante es ‘imagen acústica’) y afirma que el objeto de esa ciencia es el signo como entidad psíquica, donde el significado asume la preponderancia cartesiana de la *res cogitans*. Para Lacan, como es sabido, se trata de un Significante sobre el *significado*: invierte la fórmula de Saussure, hace desaparecer las flechas y el círculo, la barra opera como la represión y no como una mera línea divisora de planos, el significante está escrito con mayúscula y el significado, que es efecto del significante, está en minúscula y en bastardilla:



Para la lingüística posterior a Saussure, la base científica se consolida en la fonología –siguiendo en especial las investigaciones de la Escuela de Praga, de Nicolái Trubetzkoy (1890-1938), y de la glosemática de Louis Hjelmslev (1899-1965) en Copenhague; el objeto que sostiene la cientificidad de la lingüística, más que el signo y la lengua, es el fonema; en tanto ciencia, la lingüística se soporta en el sistema fonológico de la lengua; los niveles morfológico, sintáctico y semántico tardaron un poco más en alcanzar un grado de sistematicidad. El fonema es una entidad también psíquica y cuyo valor se define negativamente por oposición a otros fonemas, es decir, resultando en una pura diferencia: cada fonema, en tanto valor, es lo que los otros no son en el sistema y, por ello, aunque *carecen de sentido*, distinguen significados. Ahora bien, este *sistema* fonológico (y por extensión lingüístico) no es cerrado, siempre tiene al menos un lugar de indeterminación que permite explicar, a nivel diacrónico, los cambios lingüísticos a lo largo de la historia de una lengua, cambios que están sobredeterminados por múltiples factores lingüísticos y extra-lingüísticos. Hay, pues, en el sistema fonológico inestabilidad de algunos fonemas que, con el uso y el habla, van transformando la pronunciación y rediseñando el sistema; en muchos casos, estos reajustes afectan los otros niveles gramaticales: así, por ejemplo, hay fonemas sordos que se convierten en sonoros o bien oclusivos que se hacen fricativos y viceversa, y con ese desplazamiento muchas veces afectan la distinción de significado. El sistema, con ese agujero (indeterminación o inestabilidad) permanece abierto. Por ello es indispensable contar con una lingüística sincrónica previa a una diacrónica que aborde la historia de una lengua o la comparación entre lenguas. No debe, pues, sorprendernos que el Otro –dice Lacan en el *Seminario 14*, “[e]stá eliminado como campo cerrado y unificado (Clase 11, 22/2/67), ya que, para Lacan –tal como lo plantea en “La significación del falo”– ese Otro no es el todo de la batería significante que garantizaría una relación biplánica de significante y significado; es, en cambio, un Otro que tiene una falta, y esa falta es el significante fálico, con lo cual llegamos al S( $\mathcal{A}$ ), esto es, al significante de la falta en el Otro, “destinado a designar en su conjunto los *efectos* de significado” (*Escritos II*, 670, el subrayado es mío). De ahí que se

pueda decir que el significado es siempre efecto del significante S/s, lo cual cancela el amarrado de la biplanidad del signo saussuriano.

El fonema, por lo demás, no es el fono; el fono es fonético, y por ello es estudiado por la física acústica que explora sus características: ondas, vibraciones, frecuencias, intensidad, timbre, etc. El sonido a nivel físico puede ser o no articulado al sistema de la lengua; pero el fonema es psíquico y articulado a dicho sistema; es *imagen* de lo acústico que opera diferencialmente siendo, como vimos, pura negatividad: es lo que los otros fonemas no son, cada cual en una posición precisa o inestable entre los modos y los puntos de articulación. Y precisamente porque carece de significado, es lo que permite distinguirlos a partir de la articulación significativa: es como la música que se distingue del ruido porque se trata de sonido articulado, lo cual supone un sistema (tonal o atonal) con *reglas* de construcción reguladas por una *ley* estructural. Vemos aquí la relación más estrecha que hace Lacan entre el fonema como significante y su significante en la fórmula S/s. Sin embargo, hay que observar que Lacan no habla de sistema sino de estructura: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, que yo interpreto como que el *lenguaje* en tanto *estructura* supone una *ley*, mientras que para la lingüística se trata de la *lengua* como *sistema* de signos, lo cual implica *reglas* de juego. La idea es que se pueden organizar varios juegos –sistemas— sobre una misma estructura, de ahí que ambos sentidos, estructura y sistema, confluyan de cierto modo en la enseñanza lacaniana.<sup>5</sup> Me atrevería a pensar –para lo que aquí interesa y habida cuenta de la larga historia de los términos que estamos evocando— que el nivel estructural se instala a nivel de la gramática y el sistema de signos a nivel de la lengua: de esta manera podemos entender que las lenguas romances (las derivadas del latín: castellano, portugués, italiano, francés, catalán, gallego, rumano, etc.) sean sistemas que comparten una misma

---

<sup>5</sup>En una conferencia dada por Silvia Bleichmar en la Fundación Sigmund Freud de Tucumán en octubre del 2006 y titulada “Problemas actuales del psicoanálisis: cambios en la subjetividad”, hay un ejemplo que puede tener más sentido para los analistas que mi ejemplo lingüístico: ella distingue la estructura edípica tal como Freud la postuló en el complejo de Edipo y su actualización en sistemas familiares o “formas familiares” según la subjetividad de cada época. La subjetividad de cada época correspondería a los sistemas posibles soportados por la estructura edípica.

estructura gramatical de base; se puede entender también desde aquí las expectativas —luego frustradas— que Lacan tenía sobre la gramática cartesiana y transformacional de Noam Chomsky, en cuanto a la posibilidad de una gramática universal (viejo proyecto de Port Royal), lo que explica la intervención de Jean-Claude Milner en el *Seminario 20*.

En ese mismo seminario, el 20, Lacan se pregunta una vez más acerca del significante: distingue así *el* significante, el suyo, el de su lingüística, tan cercano al fonema, y el *un* significante de la lingüística, como adherido al significado y, por ende, del lado del signo y del sentido. En dicho seminario, Lacan se preocupa por colectivizar el significante, sin lo cual el psicoanálisis sería imposible. La lingüística (la de la lengua y no la del discurso, que es posterior) parte del signo, o del significante como ‘un’ significante (parte inseparable del signo junto al significado), pero no tiene cómo pasar del vocablo (*mot*) a la lengua, no tiene cómo totalizar lo simbólico: “El vocablo no tiene otro punto donde hacerse colección que el diccionario, donde puede ser ordenado” (Clase 20, p. 11). Incluso el significante lacaniano no sólo es *vocablo*, sino también *frase* y hasta *proverbio*, considerados, según expresión de Lacan, como “¡un block de significancia!” (ídem, 12). A renglón seguido, no sorprende que Lacan recupere al Saussure de los anagramas, poniéndolo del lado de su lingüística, por cuanto en el anagrama el significante está disperso y, además, es *letra*, solo captable por la lectura, es decir, es in-escuchable, sordo, pero no áfono. He ahí, en el anagrama, un significante que se oye, pero que hay que *saber escuchar*, esto es, *saber leer*. En el anagrama saussureano encontramos el indicio de una voz que el maestro ginebrino no supo cómo situar, precisamente porque carecía del concepto del inconsciente.

## 2. Distinciones alrededor del significante y del Otro

Por otra parte, Lacan discierne el significante tonto, el del habla del paciente, distinguiéndolo del significante en el Otro, el Otro como lenguaje, y al que Lacan tilda del lugar donde todavía, en tiempos de “La instancia de la letra” seguía ligado al “viejo Dios”, como A, como Otro completo (*Seminario 20*, Clase 7, p. 10). Esta referencia nos habilita a inter-

pretar que en el *Seminario 20* ya vamos a tener que vérnosla con un Otro que no opera a la manera del ‘viejo Dios’ de la filosofía o la teología, incluso de la lingüística. En el medio de ambos, entre *el* significante y *un* significante, está el significante de *lalangue*, ubicado, ya no entre lo singular del sujeto y el Otro colectivizado, sino entre lo singular del *parlêtre* y el goce del Otro; este significante de la *lalangue* tiene un estatus de orden diferente al tonto y al del código. Si, como lo planteará más tarde, el Otro es el cuerpo,<sup>6</sup> lo es en tanto cuerpo significante, no como cuerpo material en el sentido de la *res extensa*, ni tampoco como cuerpo colectivizado a la manera de la *res cogitans*. Este nuevo Otro se soporta en *otra* sustancia, la *sustancia gozante*: no es (en tal caso, no es solamente) el Otro como *corpus* de un repertorio de significantes o signos, sino cuerpo, cuerpo sutil en el sentido de la falta en el Otro S ( $\mathbb{A}$ ), cuerpo que goza. En “Función y campo de la palabra”, Lacan nos dice: “el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo” (*Escritos I*, 289). Si, como plantea en el *Seminario 14*, Clase 20, “no hay goce más que del cuerpo”, entonces la distinción vale porque *el* significante mortifica al sujeto y lo aliena al cuerpo del Otro, pero, en ese mismo movimiento de producir una división subjetiva, el significante inscribe además la dimensión de un resto, ya no como vocablo, sino como letra, marca insensata, huella en la dimensión del Ello, que da lugar al *parlêtre* y a *lalangue*. Esto nos permite entender el ‘Eso goza’, porque el Otro es cuerpo con una falta. Interpreto el goce *del* Otro —como lo plantea Lacan— en el sentido del genitivo subjetivo: ‘Eso goza’, por eso habla, pero habla insensatamente, con la voz como objeto *a*. No se trata del goce del Otro en tanto genitivo objetivo, como el goce sadiano: gozar del O/otro, gozar del cuerpo del O/otro. Este Otro que goza tenemos que pensarlo en la dimensión de lo real y diferenciarlo del Otro del registro simbólico.

Todo esto nos muestra que, si el significante es causa del goce, ese goce proviene del Otro que es cuerpo gozante, goce instalado tanto del lado del Otro como del lado del *parlêtre* (no del sujeto), goce que nada tiene de biológico ni de referido a la carne. Por ello,

---

<sup>6</sup> Se puede hacer jugar, como muchos han hecho, esta frase en el sentido del Otro con mayúscula y del otro con minúscula. En mi interpretación me atengo estrictamente al uso mayusculizado.



en la tríada Otro-cuerpo-goce se hace necesario, según mi parecer, mantener, por un lado, lo que Lacan elabora en el *Seminario 14*, donde todavía sostiene el Otro como A, esto es, como ese viejo Dios completo y garante, con el sujeto como su correlato, con su habla y con un cuerpo imaginario y simbólico, y por otro lado, considerar reelaboraciones posteriores donde ya tendríamos el Otro como *A*, para el cual el correlato es el *parlêtre* y *lalangue*, con un cuerpo pulsional, marcado –escrito— por el significante a nivel del Ello como letra que requiere de la lectura. La impronta de la *Carta 52* de Freud y hasta la *Ética* de Spinoza se dejan entr’entender aquí.

### 3. *Sonoridad y articulación*

Recorramos otros matices: el fono es fenoménico y carece de relación con el sentido o la significación. El fonema, como vimos, es psíquico y permite distinguir sentido (*pecho/techo, cama/capa*). La voz como objeto *a* es sonora e insensata; comparte con el fono y el fonema estar fuera de la significación y, a diferencia de fono y similar al fonema, está en la dimensión de lo psíquico. Lo que caracteriza a la voz como objeto *a* es, no obstante, ser *inarticulable* por el sistema ya que es un resto caído, excluido, no incorporado o *incorporable* por el sistema. Ya apunté cómo en el *Seminario 10*, Clase 21, p. 12, Lacan afirma: “es en ese vacío que la voz en tanto que distinta de las sonoridades, voz no modulada, pero *articulada*, resuena” (énfasis mío). Insiste en eso en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (*Escritos II*, págs. 509 y ss.). Parecería, entonces, que mi interpretación sobre lo inarticulable de la voz queda invalidada por la ‘palabra’ lacaniana; sin embargo, si se lee el contexto de la frase, se entiende que la voz está *articulada* al campo del Otro en el sentido de que se instala en un vacío que es desecho *del* Otro como tal, porque no puede alojarlo: “Es propio de la estructura del Otro constituir cierto vacío, el vacío de su falta de garantía”. Cuando apelo a lo ‘articulable’ en este ensayo, me refiero a *la articulación del significante tal como se da en la lingüística y en ese Otro del significante que expelle la voz como lo extraño*. La voz está articulada a la falta en el Otro, pero no está articulada como el signifi-

cante al sistema de la lengua. En este párrafo del *Seminario 10*, Lacan está todavía pensando esa voz como se da en la psicosis y en el superyó, pero en realidad se trata, sea en el caso de la alucinación o del superyó, como voces que fingen la voz como objeto *a*. Lacan cierra ese párrafo diciendo: “La voz de la que se trata, es la voz en tanto que imperativa, en tanto que reclama obediencia o convicción”, sean nuestras propias voces que nos vienen de afuera, como en la psicosis, o bien cuando la escuchamos en un grabador: “Es precisamente por eso, y no por otra cosa, que desprendida de nosotros, nuestra voz nos aparece con un sonido extraño”. Por ende, la voz como objeto *a* no tiene representación significante, aun cuando tenga sonoridad; digamos que, a lo sumo, se inmiscuye en la cadena significante por medio de la sordez o silencio de la gramática, en forma, si se quiere, anagramática.<sup>7</sup> Sin du-

---

<sup>7</sup>Daré un par de ejemplos un poco triviales, pero capaces de dar idea de cómo opera la ‘sordera’ de la gramática: digamos que no podemos ‘escuchar’ la gramática en un enunciado, solo podemos oírla. El sentido del enunciado se nos impone, nos captura. Solo podemos escucharla si la leemos, no necesariamente porque los enunciados deban estar escritos sobre un papel, sino porque desde la posición del analista nos precavemos de ser capturados por el sentido. Así, si un analizante dice “Ayer, en la librería que queda cerca de casa, Esteban, mi primo, compró para María un libro fabuloso”, al hacerlo, ha cambiado el orden gramatical standard: “Esteban, mi primo, compró un libro fabuloso para María ayer en la librería que queda cerca de casa”. Podría haberlo dicho en otro orden: “En la librería que queda cerca de casa, mi primo, Esteban, para María, ayer, compró un libro fabuloso” y otras variaciones. En todos estos casos pareciera que se dice ‘lo mismo’, pero en realidad, no sucede así: en el primer ejemplo, al hablante le interesa subrayar el tiempo y por eso pone en primer lugar el adverbio ‘ayer’. Luego pasa a enfatizar el lugar: la librería; a continuación, nos brinda el sujeto gramatical de la oración, Esteban, y le adhiere la aposición ‘mi primo’. Vemos que, en este ejemplo, lo que se ha pospuesto es la acción de comprar, el objeto comprado y el objeto indirecto, es decir, para quién se ha comprado dicho objeto. Hay una gradación emotiva o guiada por cierto interés que se manifiesta en el cambio del orden gramatical respecto de la oración standard. Compárese con el segundo ejemplo y podrán verse los énfasis de aquello que le interesa al sujeto, aunque no sea consciente de ello: primero el lugar, luego el parentesco, a continuación, el nombre, finalmente la receptora del regalo, el tiempo y al final la acción y el objeto comprado. Estos cambios en el orden gramatical van, en general, acompañados en cambios en la modulación y entonación del enunciado. En muchos casos, el analizante al hablar *repète* —en el sentido del *automation*— un cierto patrón de estructura gramatical y eso no debería dejarlo pasar un analista. Puedo poner otros ejemplos en los cuales la gramática opera a un nivel más cercano a la voz. Sabemos que hay verbos copulativos (ser, estar, parecer), que pueden ser reemplazados por juntas fonológicas, es decir, pausas, que escribimos con los signos de puntuación. Así, en una frase como “el candidato del partido, consciente del cambio climático”, podemos sustituir la coma por “es consciente”, “está consciente” o “parece consciente”. ¿Votaríamos a ese candidato que ha hecho una pausa y ha evitado manifestar el verbo que develaría su auténtica posición política? *Ser* consciente indica algo permanente; *estar* consciente supone cierta posición temporal, es un estado y, por ende, podría dejar de estarlo; finalmente, “*parece* consciente” nos ofrece muchas dudas sobre su posición respecto al cambio climático. Como puede verse, la junta aquí es peligrosísima: la oímos porque es pausa, pero en tanto silencio, es significativa; pero no la escuchamos y mal haríamos en comprender dema-

da, puede ser parcialmente apalabrada, significantizada por medio del significante ‘tonto’, y puede ser leída como letra, pivoteando con *el* significante colectivizado. En la clase 20 del *Seminario 14* (31/5/67), aludiendo a la mirada y la voz (diferenciándolas de lo oral y anal), Lacan afirma que “[e]stos objetos [mirada y voz] (...) no sabrían ser tomados por alguna denominación significante, aunque fuera llevada al rango de denominación social, objetos que por su naturaleza se escapan”. En la audición, estos objetos *a* ‘se escapan’. Aquí entendemos, en primer lugar, que la voz como objeto *a* está entre el cuerpo pulsional del *parlêtre* y el cuerpo del Otro como cuerpo significante y a la vez como cuerpo gozante en tanto S(A).

Resumiendo: hay que entender que ‘áfona’, a pesar del sentido del diccionario, no parece ajustarse a la elaboración lacaniana de la voz como objeto *a*. En Lacan, como vimos, la voz no carece de sonoridad: remite a grito, a ruido no articulable, al sonido vehiculizado por el shofar, es decir, es un resto sonoro que escapa al sistema lingüístico, que ha caído de ese sistema y le es exterior, pero no obstante resulta éxtimo para sujeto y para el *parlêtre* por cuanto es un vacío de sentido producido, no obstante, por *el* significante colectivizado y articulado. La sonoridad de la voz como objeto *a* no deja, entonces, de tener algún tipo

---

siado rápidamente qué ha dicho efectivamente el sujeto. El ciudadano, como votante, imaginará que el candidato dice lo que él mismo piensa; pero un analista, como sabemos, no puede permitirse ese lujo. Finalmente, para mostrar cómo la gramática se instala silenciosamente del lado del sentido, vale la pena anotar que se habla de ‘sujeto tácito’ cuando el sujeto del enunciado no está explícito: ‘vino a almorzar ayer’. Sabemos que se trata de una tercera persona del singular, pero no se dice quién es; seguramente la persona aludida ha sido mencionada en enunciados anteriores. Recordemos que para el latín la traducción de ‘silencio’ es ‘tacita’, de ahí lo de tácito; sin duda, no todas las lenguas pueden recurrir a elidir el nombre o el pronombre personal: el inglés no puede hacerlo, frente a la flexibilidad del castellano. Lo cierto es que, si hablamos precisamente de ‘sujeto’ tácito, es porque hay sujeto y, en castellano, éste se aloja en el silencio que le permite hacerse oír en la desinencia del verbo, aunque no siempre lo haga con precisión. A veces hay ambigüedad en el discurso de un analizante, porque en algunos tiempos verbales la primera y la tercera persona singular son iguales: hablando de alguien, una analizante podría agregar: “lo veía y no podía creerlo”. El analista, desde su escucha, podría intervenir interrogando sobre quién no podía creerlo. Nada indica en el enunciado que se refiere a la misma persona: “[María] lo veía y [¿María? ¿yo?] no podía creerlo”. En todos estos ejemplos vemos cómo opera la gramática, aunque audible, pasa desapercibida si no hay una escucha alerta o alertada.

de manifestación fenoménica en la enunciación (ruido, timbre, grito, intensidad, bramido, balbuceo, incluso como significante a nivel de *lalengua*), pero lo que la distingue de la palabra es la falta de articulación simbólica, lo cual la deja en la dimensión de lo insensato y, por ende, de lo real; la voz es irreductible a la significación, es lo que se separa del Otro, lo que cae pero, como ocurre ya desde la operación del estadio del espejo y luego por medio del fantasma, es necesario velar, vestir por medio —paradojalmente— del significante, porque es precisamente el significante el capacitado para hacer un alto al goce.

Por eso, me parece que es desde la lógica del significante como debemos entender la cuestión de la sonoridad del significante, de la dimensión de las ‘voces’ contrastada a la erróneamente atribuida *afonía* de la voz como objeto *a*. La voz fenoménica escapa, como vemos, al dominio de la lingüística para ser objeto de la física; la voz como objeto *a* también desborda a la lingüística como ciencia porque está expelida del Otro, del sistema del lenguaje; es debido a ese carácter psíquico y además por su carácter separable e inarticulado a lo simbólico, por lo que Lacan se orienta hacia una lingüistería (*Seminario 20*, Clase 3, 19/12/72, p. 3).

#### 4. *Significante, letra y goce: primordialidad de lo simbólico*

Ahora bien, la voz es, siguiendo al Freud de *Tótem y Tabú*, anterior al significante, en una anterioridad mítica, no evolutiva; desde Lacan, sin embargo, es posterior al significante, es resto de la operación significante. Recordemos: en “Subversión del sujeto” Lacan se ocupa de ir más allá de Hegel/Kojève, al plantear la prioridad de lo simbólico del lazo social (por ende, del lenguaje): “el pacto es siempre previo a la violencia antes de perpetuarla, y lo que llamamos lo simbólico domina lo imaginario” (*Escritos II*, 771); en “Situación del psicoanálisis en 1956” señala cómo en *Tótem y Tabú* Freud sostiene “la primordialidad de ese significante que representa la paternidad” (*Escritos I*, 441). Como vemos, Lacan nos muestra así la paradoja de la dialéctica hegeliana y del mito freudiano: si el esclavo claudica por miedo a la muerte en la lucha por puro prestigio, tuvo que haberle dado al otro con-

trincante alguna señal para preservar su vida, de lo contrario el otro lo hubiera aniquilado; si los hijos conspiraron para matar al proto-padre de la horda es precisamente porque hubo un pacto previo, y la conspiración lo demuestra. El Otro como lazo social, como registro simbólico, antecede así al goce y por ello el goce resulta ser “efecto de discurso” (*Seminario 18*, p. 20). Cuando en la clase 20 del *Seminario 14* se interroga sobre el goce del amo y del esclavo, concluye —para decirlo rápido— que hay un Otro previo que los goza a ambos. De ahí que entonces podamos entender cómo el goce es siempre causado por el significante, por lo simbólico.

Este impasse es el que es necesario atravesar para entender la diferencia entre la voz y las voces del superyó, porque el superyó apela a la palabra: da órdenes, injuria, impele al sujeto. En el *Seminario 10* Lacan llama a esas voces ‘desechos’ de la voz como objeto *a*: “sus desechos, sus hojas muertas, bajo la forma de las voces, de las voces extraviadas de la psicosis, su carácter parasitario, bajo la forma de los imperativos interrumpidos del Superyó” (Clase 19). Y así como hay una esquizia entre ojo (visión) y mirada, hay también una esquizia entre el oído (voces) y voz. La voz como objeto *a*, posterior a la huella o marca significativa, diferenciada de la palabra, resuena en el vacío del Otro que oficia como telón de fondo sobre el que se yergue el *decir*, un vacío no garantizado por ese Otro: y así como no hay decir en el que no se deslice el deseo, tampoco hay decir que no esté acompañado por la voz como objeto *a*, como goce. Esa voz es el resto que queda olvidado tras el decir que se oye. Afirma Lacan en el *Seminario 10*: “debemos incorporar la voz como la alteridad de lo que se dice” porque “Una voz [...] no se asimila, pero se incorpora, esto es lo que puede darle una función para modelar nuestro vacío”(Clase 21). Por eso la voz escolta todo decir, lo sostiene y también lo amenaza, usualmente como *tyche*: una irrupción insensata para el sujeto y para el Otro. La voz irrumpe donde se paraliza la demanda, porque la demanda está articulada. Dice Lacan en el *Seminario 14*, clase 15, 12/4/67: “cuando la demanda se calla (...) la pulsión comienza”. Insistamos: a la voz supuestamente ‘áfono’, sin embargo, la podemos *oír* por algunas de sus manifestaciones fenoménicas (ruidos, balbuceos, ahogos,

vocablos o frases etc.) o por contraste con el silencio (recordemos que la pulsión es siempre frontera entre el cuerpo y el lenguaje), pero no la podemos *escuchar* porque carece de significantes; muchas veces, cuando irrumpe, tendemos a no oírla y dejarnos llevar por aquello del enunciado que apresuradamente hace sentido. Quedamos, pues, capturados por el sentido, por el significante tonto y/o por el Otro simbólico. Lacan siempre aconsejaba no apresurarse a comprender. Y es que el analista debe atenerse al significante y a la letra, no a la palabra como significante ‘tonto’: la operación retroactiva  $S_1 \leftarrow S_2$  muestra claramente que, si un significante representa al sujeto para otro significante’, si estamos a nivel del significante, no estamos a nivel de palabra. Esto quiere decir que, a lo largo de la cadena del habla del analizante, es el analista el que instala el significante y lee la letra, precaviéndose así de ser capturado por las palabras y el sentido de las palabras. Es posible pensar que es precisamente la transferencia la encargada de abrir la distancia necesaria para que el vocablo tonto del analizante, su habla cotidiana, alcance el estatus de significante en la escucha del analista. El significante no es algo dado, no es fenómeno, es una construcción del analista en su relación con los tres registros del nudo borromeo. El significante es el vocablo vaciado de sentido para el analista; es ese lugar ambiguo o enigmático en el que se puede detectar la voz como anónima. Y es que la voz, como el significante, es *anónima*, no tiene nombre, no pertenece a nadie (*personne*); Lacan la posiciona fuera del Otro y sobre todo también marginada por la ciencia, a la que denomina “fabricación mental”, cuya función es velar la voz, velar lo real, con un discurso de nadie, por eso cita unos versos de Paul Valery en el *Seminario 2* (Clase 5) y también en los *Escritos*:

... *cette voix*  
*Qui se connaît quand elle sonne*  
*N’être plus la voix de personne*  
*Tant que des ondes et des bois...* (*Escritos I*, 276)

Y es que lo gramatical, tal como se plantea para la voz media o para el genitivo, como componente sordo del/en el enunciado, usualmente no se escucha, pero inevitable-

mente se oye; a la voz, como a lo gramatical, hay que ‘leerla al pie de la letra’— en tanto se desliza ‘sordamente’ por el enunciado, lo acompaña, lo *conforma*, no lo deja a disposición del yo. Si seguimos al Lacan del “Discurso a los católicos”, podemos decir que para ‘escuchar’ esa voz —o lo que de ella se filtra en la gramática—, el analista tiene que “callar el amor” (19) y evitar ser capturado por la comprensión. Como lo plantea en el *Seminario 20*, correlacionando en parte la matemática con la gramática, y enfocándose en la cuestión de la letra como lugar en donde se soporta el psicoanálisis —en tanto dicha letra abre a ese más allá o más acá que reconocemos como goce— nos dice, otra vez jugando con el significante y las etimologías a la manera joyceana, en este caso, la de ‘gramma’ (letra, carta, basura o detritus [*litter*]):

la gramática, la cosa del lenguaje que no se revela más que en el escrito. [...] Es que si la gramática es lo que en el lenguaje no se revela más que por el escrito, es que más allá del lenguaje, este efecto... este efecto que se produce por soportarse solamente de la escritura — que es seguramente el ideal de la matemática — es alrededor de eso que aquello de lo que se trata en el lenguaje se revela. A saber que, rehusarse de alguna manera la referencia al escrito, es también prohibirse lo que, de todos los efectos del lenguaje, puede llegar a articularse, y a articularse en algo que no podemos evitar que resulte del lenguaje, a saber un *supuesto* más acá y más allá. (Clase 5, p. 13).

##### 5. *Sujeto y lengua / parlêtre y lalengua*

Si el significante se ubica del lado del lenguaje, la voz como objeto *a* está *entre* ese lenguaje y el cuerpo pulsional producto residual del significante, por eso *lalengua* en su balbuceo se plantea también como el *intermediario*; en efecto, aún articulada como significante, sin embargo, excede al Otro de lo simbólico, porque *lalengua* es la brecha y hasta es litoral—

ese ‘entre’, como esa gramaticalidad ‘áfona’— donde podemos ‘escuchar’ la tensión entre la voz como objeto *a* y el significante, entre algo de la voz entrevistado por un significante *impotente en cuanto al sinsentido de lo real*, de lo pulsional. Aunque la voz no pertenece al lenguaje, aunque se sitúa entre el lenguaje y el cuerpo, lo cierto es que sin el lenguaje no hay voz. Y sin el cuerpo tampoco hay voz. Como todos los objetos *a*, la voz está siempre separada del lenguaje y del cuerpo. Y es también separable. Por eso no es —como dijimos más arriba— que la voz carezca de materialidad sonora, sino que esa sustancia sonora del grito, de la tos, del rugido, del bramido, del balbuceo y hasta del vocablo no está articulada por/en un sistema simbólico, como el lingüístico, solo está ‘articulada’, como decía Lacan, a la falta en el Otro. Esa voz es un resto que excede al sistema, que proviene de la falta en el Otro —por ende es falta en la estructura— y que le deja al parlêtre otro agujero.

Mi interpretación, entonces, sostiene —si queremos mantener lo freudiano desde la perspectiva lacaniana— que *el* significante es causa del goce y, aún en su impotencia, se yergue frente a la mudez insensata de la pulsión, frente a la letra gozante y silenciosa, haciendo alto al goce, vistiéndolo con las voces tontas y el fantasma; es el placer, más que la prohibición de la ley, la que hace alto al goce. En efecto, según Lacan “no es la Ley misma la que le cierra al sujeto el paso hacia el goce, ella hace solamente de una barrera casi natural un sujeto tachado. Pues es el placer —en tanto promueve la homeostasis— el que aporta al goce sus límites, el placer como nexo de la vida” (*Escritos II*, 782). Aquí el placer oficia como una función reguladora del deseo para permitir la sobrevivencia del sujeto y rescatarlo de la captura por un goce letal. En este encuadre, mi perspectiva sostiene que, al reconocer la incidencia del goce en el placer, se procede a reconocer la incidencia de la voz en los agujeros del decir y este proceder no es una cuestión de oír o no la sonoridad. sino de reconocer la imposibilidad de articulación significativa de la voz como goce, esto es, que no hay modo de apalabrar completa y totalmente ese soporte de la voz que acompaña el decir. Agrego ahora otro punto: esos agujeros no son silencios: por ello, es importante no confundir la mudez o sordera pulsional con el silencio del sujeto y/o el silencio del analista.



6. *Mudez/sordera y silencio: la cuestión del vacío y del agujero*

El silencio es parte de la dimensión significante, por eso es un constituyente de la posición del analista. “El acto de callarse –dice Lacan en el seminario *La lógica del fantasma*— no libera al sujeto del lenguaje” (clase 15, 12/4/67). Y procede entonces a diferenciar *taceo* de *sileo*. *Taceo* es un silencio que proviene de callar algo por diversos motivos o hasta por represión; el *sileo*, en cambio, es un silencio motivado por la irrupción de un real, de algo pulsional que escapa al dominio del yo [*moi*]. El silencio (*taceo*) es la dimensión que el analista abre para que el analizante hable y pueda escuchar su propia voz (*sileo*), su decir agujereado, vaciado de sentido precisamente por la irrupción de la voz como objeto *a*. Ese silencio del analista está también en la dimensión del lenguaje, es una posición de discurso, es *taceo*. La mudez, sordera o ‘afonía’ de la voz está, en cambio, en la dimensión de lo imposible del *silere*, y nada precave al analista de ser también capturado por ella. La voz impone el vacío, el agujero en el decir; el silencio solo es la suspensión temporal del habla, una suspensión o errancia en la cadena significante que puede hacer vacilar al sujeto, pero que no lo anonada.

La lingüística no ha explorado ni sacado rédito de ese agujero en el sistema de la lengua. Pero la lingüística de Lacan se situó precisamente allí. La voz es ese agujero no cubierto por el significante, de ahí que tengamos el *Á*. La voz está en el sujeto *§* y en el parlêtre también como agujero o vacío que puede avasallarlo, invadirlo, corporizarlo, ya que la voz es pulsional. La voz está afuera del Otro –como la voz daimónica de Sócrates que Lacan evoca en el *Seminario 11* (266)– y también fuera del Sujeto, pero asimismo adentro: por eso decimos que es ÉXTIMA. El sujeto es *§*, está dividido, precisamente a causa de la captura del ser viviente, de la cría humana, realizada por el lenguaje, por ese Otro simbólico que lo aliena, de ahí que sea necesario “poner el goce y el cuerpo en esta relación que he definido por la función de la alienación” (*Seminario 14*, Clase 20, versión bibliopsi, sin paginación). Pero ese Otro, como vimos, tiene también –como el sistema fonológico— un vacío a nivel estructural y abre en el *§* otro vacío. La ley de estructura que nos viene del Otro

no puede prescindir de ese resto ominoso que es la voz, aspecto que no se le escapó a Heidegger a partir, sin duda, de su lectura de Nietzsche. Otra vez nos topamos con la diada incorporal y corporal. La ley del Otro desaloja el cuerpo vital, pulsional, por medio del significante que lo mortifica, pero esa ley arrastra consigo lo insensato que la anima, esto es, la voz *primordial* –la del dios inhumano, el que se regocija con los sacrificios humanos (Marta Gerez Ambertín)– como resto inarticulado e inarticulable; ese resto puede presentarse e irrumpe como siniestro y obsceno, y también como imperativo, tal como lo hace recordar el shofar en cuanto a ese lado gocijerante e insensato de Dios.

Recapitulando: la voz está separada de la significación (y) del discurso; la voz es precisamente lo no escuchado pero escuchable; puede coexistir con el silencio, pero no se confunde con él: la voz es muda, es sorda.

### *De la sustancia corporal de Spinoza a la sustancia gozante de Lacan*

Ahora bien, me atrevo a plantear que, si el significante en tanto ‘imagen acústica’ opera en la dimensión *cartesiana* de la *res extensa* y el significado, su correlato, como *res cogitans*, entonces la voz, a pesar de su ‘sordera’, *no es sin sustancia*: no perteneciendo a ninguna de las dos cartesianas, la voz está del lado de la *sustancia gozante*. El salto epistemológico y filosófico que da Lacan en el *Seminario 20* es –para decirlo en términos nietzscheanos– una transvaloración de todos los valores de la metafísica occidental. Esta sustancia gozante tiene en Lacan sus antecedentes en la ‘sustancia corporal’ spinoziana y a ella se suma el giro a la lingüistería o lingü/isteria con base en Charles Sanders Peirce. En efecto, Elizabeth Roudinesco en *Lacan: Esbozo de una vida*, nos refiere que Lacan desde pequeño había descubierto la obra de Spinoza (31), a la que luego adicionará la enseñanza de Jean Baruzi y sus estudios sobre los místicos (32). Eso hará marca en su tesis *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (que se abre con un epígrafe de la *Ética* de Spinoza en latín) y, sin duda, retornará con toda su potencia en el *Seminario 20*, donde Lacan pone el objeto *a* y el goce como un incuantificable, inmensurable, del lado del no-todo, del lado de La Mujer en las

fórmulas de la sexuación (Clase 7, p. 24), lado mítico en el que, además, ubica a Dios como no-todo, como producto del decir y a la vez como imposible, impresentable e irrepresentable (Clase 5, p. 16, 17) y al que no le puede ni le podría faltar el odio –como lo había planteado Empédocles (Clase 8, p. 19).

el goce de este Otro, de este Otro en tanto que podría serlo, si ella existiera, La mujer, que es en el lugar del goce de este Otro que es designado ese ser mítico (Clase 8, p. 9) [...] Es cierto que si con ese S de A mayúscula barrado, S(~~A~~), no designo otra cosa que el goce de La mujer, esto es seguramente porque es ahí que señalo que Dios no ha hecho todavía su *salida*. (Clase 8, p. 10)

En la *Ética* (Primera parte, “De Dios”), Spinoza habla de una ‘sustancia corpórea’ (Proposición 15, Escolio *c*, p. 49), como perteneciente a la “esencia de Dios”; es la *única* sustancia en el sentido de la *ousía* aristotélica, en tanto “es en sí y se concibe por sí”, sustancia que no es producida ni creada por otra cosa, sustancia que es “infinita, única e indivisible” y que, además, se da en tanto “vacío”, por eso nos aclara que “en la Naturaleza no se da el vacío”; critica a aquellos que “niegan que Dios sea corpóreo” y por eso propone la sustancia corpórea de Dios. En consecuencia, se trata de una sustancia que no es la de la *res extensa*, mundana, finita, la cual resulta para Spinoza no otra cosa sino “uno de los infinitos atributos de Dios”. Como podemos ver, la correlación con el *Seminario 20* está a la vista y no requiere mayor elaboración, salvo la vuelta de tuerca que le da Lacan para quien la sustancia gozante es producto de la operación significativa.

Es por esa vía, la del cuerpo gozante, por la que podemos entender el goce de la voz como objeto *a* fuera y más allá del sentido, e incluso en sus formas fetichizadas: el canto seductor fuera del sentido, el murmullo pulsional que atrapa, el ruido de una lengua extranjera que podría angustiarnos, el sonido de nuestra propia voz grabada; es que la voz

evoca los ecos de las marcas primordiales del Ello. No nos asombra que, al pasar, en el *Seminario 11*, ya presintiendo el imperativo de goce del neoliberalismo, Lacan afirme que en la invasión de los *mass-media* y hasta con la ciencia que sufrimos, nos topamos con

esos dos objetos cuyo lugar indique en una tétrada fundamental –la voz, casi enteramente planetarizada, y hasta estratosferizada, por nuestros aparatos y la mirada, cuyo carácter omnipresente no es menos sugerente, pues todos esos espectáculos, todos esos fantasmas, no solicitan nuestra visión, más bien suscitan la mirada. (282)

En tanto sustancia de cuerpo, la voz nos goza: “Eso se goza”, dice Lacan en el *Seminario 20*, clase 3, 19/12/72, p. 21). Y es que “el significante se sitúa a nivel de la sustancia gozante (...) *el significante es la causa del goce*”. La voz como objeto *a* tiene su causa en el significante. Efectos, ecos, resonancias de la lengua, de lo *infans* en el sujeto que precisamente ha resultado tal por la intrusión del Otro del significante que ha intentado desalojar la voz, velarla, vestirla, capturarla incluso en la protección del fantasma; fantasma, por otra parte, siempre amenazado de desintegrarse por la irrupción de esa voz. Si la voz como objeto *a* tiene relación con lo real y el goce, si en tanto los tres hacen serie, si no hay transformación, si operan en la repetición, entonces se plantean varias cuestiones que no podemos desarrollar aquí: en primer lugar, la relación del goce con la verdad (hermana del goce), en el sujeto y en el parlêtre; en segundo lugar, la relación entre ese goce y el sinthome y, finalmente, la posición del analista y de la clínica en el trabajo con la voz y la alienación del sujeto y el parlêtre al goce del Otro en el sentido del final de análisis y la responsabilidad del sujeto respecto del goce y su modo de arreglárselas con él y con el sinthome. La dimensión ética y política toma aquí su aspecto más urgente.

Para concluir digamos que no hay afonía de la voz como objeto *a* y su ronroneo o murmullo es ineliminable; hay que soportarla y, como el goce, sabemos que ‘habla’, pero no

se escucha, y habla insensatamente. Para recubrirla –tal como lo vio Lacan– hay que recurrir a la invención del imaginario, no cualquiera, no el del estadio del espejo, el de la alienación jubilosa, sino el que se sitúa frente a la fatalidad del *sinthome*. Ese revestimiento del final de análisis supone una separación del Otro que debe orientarse –en el sujeto y en el parlêtre– hacia la emancipación del Otro, precisamente al punto en que éste se devela como inexistente.

© Gustavo Geirola 2022

### *Bibliografía*

- Bleichmar, Silvia. "Problemas actuales del psicoanálisis: cambios en la subjetividad". Tucumán: Fundación Sigmund Freud, 2006.  
<https://www.youtube.com/watch?v=ngd8XS7mbFA&t=646s>
- Gerez Ambertín, Marta. *Las voces del superyó*. Buenos Aires: Manantial, 1993  
---. *Entre deudas y culpas: sacrificios. Crítica de la razón sacrificial*. Buenos Aires, Letra Viva, 2008.
- Lacan, Jacques. *El triunfo de la religión, precedido de Discurso a los católicos*. Buenos Aires: Paidós, 2006.  
---. *Escritos I y II*. México: Siglo XXI, 2009.  
---. *Seminario 2 El yo en la teoría de Freud*.  
<https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/04%20Seminario%202.pdf>  
---. *Seminario 3 Las psicosis*.  
<https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/05%20Seminario%203.pdf>  
---. *Seminario 10 La angustia*. Versión Rodríguez Ponte. <https://e-diccionestjustine-elp.net/wp-content/uploads/2019/10/Seminario-de-la-angustia.pdf>  
---. *Seminario 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1987.  
---. *Seminario 14 La lógica del fantasma*. Versión Ricardo Rodríguez Ponte.  
<https://1library.co/document/zg636v6q-240946444-lacan-seminario-14-la-logica-del-fantasma-version-critica-ricardo-rodriguez-ponte.html>  
---. *Seminario 14 La lógica del fantasma*. Versión bibliopsis.  
<https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/17%20Seminario%2014.pdf>  
---. *Seminario 18 De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós, 2009.  
---. *Seminario 20 Otra vez Encore*. Versión Ricardo Rodríguez Ponte.  
<https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.1.9.14%20TODO%20EL%20SEMINARIO%20%20S20.pdf>
- Miller, Jacques-Alain. "Jacques Lacan y la voz". *La voz*, Colección Orientación Lacaniana, Buenos Aires, 1997. 9-21
- Roudinesco, Elisabeth. *Lacan: Esbozo de una vida. Historia de un sistema de pensamiento*. Colombia: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Spinoza, Baruj. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Editorial Trotta, 2000.